

Mitología de la seguridad. La ciudad biopolítica,
de Andrea Cavalletti, Buenos Aires, Adriana Hidalgo, 2011, pp.

Emmanuel Guerrero Trejo*

El título expone de inmediato que esta obra se inscribe en línea de pensamiento de la biopolítica. Una línea que trata el problema del poder sobre la vida, esto es, de las prácticas de gobierno que atraviesan las condiciones vitales del individuo y de la población. Desde esta perspectiva, y asumiendo la postura que sostenía que el poder no era una posesión, sino un conjunto de relaciones que no se reducían a las instituciones estatales, Foucault puso a la vista que la política (la gubernamentalidad) y la esfera de la vida no están separadas. El poder moderno se presenta, en ese sentido, como biopolítica. *Mitología de la seguridad. La ciudad biopolítica* de Andrea Cavalletti se coloca en esta línea para mostrarnos que el poder es, a su vez, espacio. Ni siquiera se trata de dos entidades separadas que se sintetizan en algún punto, ambas dimensiones representan una misma cosa. Argumentar que, de hecho, la trama biopolítica de la sociedad contemporánea se presenta como una relación espacio- poder, es el objetivo de esta obra.

En el primer capítulo, el autor desarrolla lo que será la columna vertebral de todo el libro. Parte de una sentencia de Carl Schmitt, que bien podría sintetizar el desarrollo de toda la obra: “No existen ideas políticas sin un espacio al cual sean referibles, ni espacios o principios espaciales a los que no correspondan ideas políticas” (p. 7) Una idea que, no obstante, sí está presente en Foucault. Una primera intuición de esto se encuentra ya en su problemática sobre la disciplina. Pero no es sino hasta el descubrimiento de la biopolítica que se hace completamente explícita la relación espacio-poder. De ahí que Cavalletti simplemente se dedicó a realizar una relectura de los elementos de la biopolítica descubiertos por Foucault (seguridad, población y economía), desde una óptica del espacio. La recuperación de las ideas de Ildefonso Cerdá sobre la urbanización, en el segundo capítulo, le permitieron hacer esa lectura. La urbanización para Cerdá es más que el territorio físico de una ciudad, consiste en un proceso que se da en la relación del territorio con los hombres que lo habitan. Así se introduce el problema de la población.

En el tercer capítulo se encarga, ahora sí, de la población. Para eso retoma el planteamiento que Foucault hace sobre tal problema en *Seguridad, territorio y población*. El poder ya no se trata de un soberano trascendente dominando a sus súbditos, sino de la administración de los riesgos físicos del individuo y de la colectividad. Se trata de hacer que estos últimos se regulen a sí mismos. En el cuarto capítulo, se dedica de lleno

*Universidad de Guanajuato, groemmanuel23@gmail.com

al problema de la seguridad. El autor hace un ejercicio genealógico, que comienza con Hobbes, para mostrar que la máquina biopolítica funciona a partir de la relación entre seguridad e inseguridad. Como existe la posibilidad de la inseguridad, se necesita del poder, del gobierno, para asegurar el perfecto funcionamiento de la sociedad. En esta línea, y con el abandono del modelo de soberanía, los Estados modernos comenzaron a inquietarse por encontrar un justo medio entre la población y el territorio.

Por eso, en el quinto y sexto capítulo lleva a cabo una genealogía del concepto de 'policía', pues es ésta la técnica con la que se desprende la dimensión económica del poder, a partir de la seguridad. En el quinto se busca establecer la emergencia de la policía como la ciencia encargada del mejoramiento de la población, no como una institución represiva. Mientras que, en el sexto, y esto es aún más interesante, con la mutación de dicha ciencia como policía médica, emerge el gobierno aplicado a las condiciones biológicas. En el séptimo capítulo, continúa con el estudio de la policía y se topa con el momento en que ese concepto es cambiado por el de 'civilización'. En rasgos generales, cuando el dispositivo moderno de seguridad logra establecerse por completo, el mejoramiento de las potencialidades de la población se vuelve un proceso interminable. A su vez, este proceso civilizatorio se justifica en un estado de inseguridad o de in-civilización, que, según esta racionalidad, se debe superar. Finalmente, en el octavo capítulo, se concluye de que la máquina biopolítica lo controla todo, a tal punto de que se apodera también del *afuera* de la civilización. Es por eso que las fronteras no son líneas tajantes que dividen dos dimensiones, son grupos de intensidades que hacen del afuera un relieve más del entramado biopolítico actual. Por tal motivo, el territorio, el clima, el medio ambiente y toda la vida, devienen espacio, por tanto, devienen participantes de la política. El último capítulo es una síntesis del texto. El poder biopolítico se ejerce sobre las condiciones de la población. La población es, a su vez, la ciudad misma, el espacio. Y si la población es lo que emerge a partir de los dispositivos de la seguridad, ésta última es espacio. Además, si la economía es el conjunto de los dispositivos de seguridad, la economía es espacio también. Por lo tanto, se habla de una máquina espacio-economía-seguridad-población, que representa el estado biopolítico de la sociedad contemporánea. Cavalletti concluye el capítulo con un intento, a nuestro parecer fallido, de recuperar a Marx como el salvador que, desde un principio, ya había desactivado la máquina.

Resalta que el autor cierra de una vez por todas el problema abierto por Foucault sobre la naturaleza del poder, dado que si el poder es puramente espacio, ya no queda posibilidad alguna de plantearlo como un objeto o una posesión. Por esa razón la obra nos pone los pies sobre la tierra; en el sentido de que nos coloca en una situación en la que no se puede escapar del poder, pues es el espacio, nuestra existencia misma. Y si existe alguna posibilidad de resistencia, ésta no se logra si no se atiende la dimensión espacial. Es cierto que esta obra constituye un estudio muy detallado, a la que hay que estar atento todo el tiempo para no perderse en la minucia, y perder el hilo conductor de la lectura. Por ello, para su lectura es recomendable tomar algunas precauciones: hay que estar familiarizado con el fino arte del análisis genealógico y con algunos conceptos

de la biopolítica. Si no tenemos ese acercamiento, difícilmente podremos localizar las ideas principales. Pero si se logra tal cosa, el libro nos abrirá un amplio campo de problematizaciones, no sólo sobre el poder, sino sobre el espacio. Cosa que puede servir, quizá, para plantear otras problematizaciones fuera del pensamiento político y filosófico, resultando relevante por ejemplo, en la arquitectura, la geografía, la sociología, etcétera.